

ROLAND WATSON-GRANT

**EL NIÑO QUE DIBUJABA
UN MUNDO NUEVO**

Traducción del inglés de
Celia Montolío

alevosía 

*A Vera y a todos los Watson-Grant
con los que me crie, incluido Juhlani.*

PRIMERA PARTE

Hay una grieta en todo.

LEONARD COHEN

Uno

Para empezar, que sepas que si nos criamos en aquel pantano fue por mi padre. Y cuando digo «pantano» no me refiero a ese enorme y maravilloso pantano del centro-sur de Luisiana del que todos hablan, el pantano de Atchafalaya. No señor. Si no sabes gran cosa de Nueva Orleans, coge un mapa y mira hacia el este, casi pasado el lago Pontchartrain, y con suerte quizá veas ese cachito de purgatorio del que te estoy hablando. No puedo darte nombres, porque nombres, lo que se dice nombres, no hay. Es una especie de tierra de nadie, un pasillo frío y húmedo, parte del barrizal que va dejando el Misisipi en su curso hacia el Golfo. Así que evita pestañear, porque se te pasaría por alto.

Al lugar donde vivíamos nosotros no llegaba el turismo de aventuras, ni el jazz ni las catas de jambalaya ni los paseos en barco, porque casi nadie pensaba que hubiese gente tan al interior. Lo único que se veía eran árboles jadeantes, hundidos en el pantano hasta la altura de los tobillos. La mayoría de los días no se movía nada, salvo quizá una libélula probando el agua con las patas, o un cuervo graznando en lo alto de las ramas de tal manera que incluso el mediodía resultaba espeluznante. Total, que lo primero que preguntaban todos cuando decíamos que vivíamos en aquella penosa orilla del pantano era: «Y ¿cómo diablos acabasteis allí?». A veces no respondíamos, pero otras les decíamos que nuestro padre había tenido una visión.

Y así era. Una noche de viernes, antes de nacer nosotros, mi viejo empinó el codo más de la cuenta en la ciudad y perdió el conocimiento. Más o menos el martes siguiente, cuando volvió

en sí, le dijo a mamá que había tenido una visión. Estaba en medio de una multitud, y todos los presentes vieron un desierto, un páramo de tierra marrón que se extendía desde sus pies hasta la cima de una montaña que se alzaba en el horizonte. En la visión, una voz le dijo que tenía que cruzar el desierto para llegar a la montaña. Así que se volvió hacia la multitud y pidió que le acompañasen, pero no pudo encontrar a nadie que estuviera lo bastante loco. Entonces, al volverse de nuevo, miró al frente y he aquí que lo único que vio fueron mariposas y grandes flores de todas las variedades, un remolino de morado y rosa, beige y rojo fresa sobre la verdísima hierba. Dijo que echó a andar y que las flores parecían seda y terciopelo bajo sus pies, y que allá donde pisaba estallaban millones de flores de unos colores que Dios aún no se había inventado. Y todas juntas formaban una carretera de los colores del arcoiris que salía de la ciudad y se extendía desde la punta de los pies de papá hasta la cima de la montaña.

Pero mi madre dijo que aquellos eran los colores del almuerzo que mi padre había echado a la pila aquel viernes por la noche. Así que ya ves. Aquella visión que se suponía que iba a llevarnos al paraíso fue el primer paso que dimos para criarnos en el limbo. A ver, no es que le eche la culpa a mi padre; me limito a reproducir los hechos tal y como me los llevan contando desde que nací, solo para que veas de dónde venimos. Parte de la historia la oí de boca de papá Campbell, nuestro vecino del pantano, que vivía ahí desde antes de esa época de la que tanto le gusta hablar a la gente, los años sesenta. Yo nací a comienzos de los setenta, así que supongo que no acabo de entender tanto entusiasmo ni por qué en la ciudad y en el pantano todos decían que si los sesenta no sé qué y los sesenta no sé cuántos..., sobre todo el viejo Campbell cuando no se tomaba las pastillas para los nervios. Entonces, se excitaba y decía:

—¡Skid!... A saber por qué te pusieron ese mote, chaval. ¡Mira que llamarte Skid!¹!... —Pausa—. Aaaah, los sesenta...

¹ *Skid* y, más adelante, *skid marks* significa «palomino», mancha de excremento en la ropa interior. (N. de la T.)

Y más te valía disponer de dos horas para sentarte a escucharle. Debieron de ser los mejores años de sus vidas, los sesenta: su música, sus ceñidos pantalones de campana, el amor libre y todo eso. Pero seguro que no se libraban de las jaquecas, de los mosquitos ni de los impuestos, así que no sé a qué venía tanto revuelo. En cualquier caso, mamá apenas tenía nada que decir al respecto. De hecho, cada vez que se hablaba de cómo acabamos viviendo al borde del pantanal de Luisiana se quedaba calladita y removía los ocras con más fuerza, frunciendo los labios. Y suspiraba mucho o cantaba un himno hasta que se calmaba.

Por lo que yo sé, cuando mamá vino a Nueva Orleans, quiso mudarse a uno de esos edificios de apartamentos que construyeron por aquella época en el bulevar Hayne. Apartamentos Lakeside, los llamaron. Eran unos apartamentos lujosos y nuevos para gente a la que cada vez le iban mejor las cosas. Pero poco después de tener su «visión», mi padre se despertó una buena mañana y tuvo una idea mejor. Dijo que con el *boom* del petróleo la construcción iba a arrasar en Nueva Orleans. Así que sugirió que, en vez de despilfarrar el dinero en un pequeño apartamento, sobre todo ahora que el primer bebé venía de camino, mamá y él comprasen un cacho de humedal mucho más al este. Dijo que tenía contactos, y que la tierra estaría regalada, y que con un poco de suerte a lo mejor hasta encontraban petróleo. Pero si no, se mantendrían firmes y esperarían, porque solo era cuestión de tiempo que el desarrollo urbanístico llegase al pantanal. Según dicen, mi padre predicaba con tono de guasa acerca del día en el que se irían a dormir en el pantanal y amanecerían en una buena zona de la ciudad.

—El día menos pensado, Valerie, el día menos pensado nos mudaremos. ¡Y sin un camión de mudanzas! ¡Ja! No nos mudaremos del pantanal, no... ¡Será el pantano el que se mude sin que nos demos cuenta! ¡Un acto de fe, muñeca, te pido un acto de fe! Amén. Amén.

Y mamá le decía que se tranquilizara y que dejase de mofarse de la iglesia, ya que no iba nunca. Al menos a la de mamá no iba. O puede que simplemente no fuera partidaria de vender la

piel del oso antes de cazarlo. Aunque pensándolo bien, puede que fuera porque papá es blanco y se estaba burlando de cómo dan el sermón los predicadores baptistas negros. Y quizá eso le hiciera sentirse incómoda, no sé. Pero mi padre no tiene prejuicios ni nada por el estilo, así que no vayas a pensar que va por ahí la cosa. Se casó con mamá y ella no es blanca. Ni siquiera nació en América. Pero como soy el más pequeño, mi familia no entraba en esos pormenores conmigo. En fin, según cuenta papá Campbell, cada tarde se oía llegar a mi padre al pantanal desde la vía del tren, entusiasmado e informando a voz en cuello del avance de las obras.

—¡Valerie, qué te decía yo! ¡Ya han pasado del aeropuerto!

O también:

—¡Valerie! Ahora están construyendo intersecciones en la Interestatal 101. ¡Ja! ¡El día menos pensado llega! ¡Ya falta poco, muñeca!

Bueno, pues al cabo de un tiempo papá dejó de dar tantas voces sobre el asunto, y por último dejó de venir a casa con el boletín diario del avance de las obras. El viejo Campbell dice que quizá papá no debería haber comprado tierra tan al este, porque para cuando nació yo, en 1973, el desarrollo urbanístico de Nueva Orleans empezó a decaer, y luego se paró en seco justo antes de llegar hasta el pantano. Y después de aquello, mamá decía que cada mañana, cuando se iba a la ciudad, las grúas, las excavadoras y el resto de la maquinaria estaban tiradas al borde de la carretera con pinta de cansadas y negándose a continuar. Y por la tarde, al volver al pantanal, pasaba de nuevo por delante de las máquinas, y a veces albergaba esperanzas de que de repente arrancasen y escupiesen humo al aire y cavasen la tierra y removieran cosas, pero seguían ahí plantadas, frías y perezosas. Y entonces, casi en el mismo instante en que las dejabas atrás, era como si la civilización se rindiese y te hubieses apuntado «a un maldito safari». Los sonidos de la vida del pantanal iban ahogando cada vez más el ruido de la ciudad, hasta que te veías tan metido en el humedal que te preguntabas si la ciudad de acero y piedra no sería un mero fruto de tu imaginación. Pronto hubo una grieta en el mapa, una superficie que se tardaba nueve minutos en recorrer de lado a lado en

coche. Una línea bien definida que mostraba dónde se detenían las obras y dónde empezaba el pantanal.

Papá Campbell decía que la ciudad «estaba casi casi cerca pero bastante lejos»..., y ese «casi casi» te partía el alma. Al menos a mi padre. Cada día recorríamos esa distancia para ir a Nueva Orleans a través de una franja solitaria de carretera flanqueada por el *bayou*. No había más que mangles y aguas abiertas, hasta que llegabas a tierra firme y pasabas por debajo del primer paso elevado, los pies de hormigón de la ciudad. Este era el tramo entre los desesperados dedos del pantanal y los dedos de los pies de Nueva Orleans. Pies que se mantenían firmes. Así que para cuando llegaron los sosísimos años ochenta había ya cuatro niños criándose en el canal: mamá decía que nos habíamos mudado «a un país muy distinto, solo un poco a las afueras de una ciudad», y papá ya no volvía a casa todo contento. Caray, si había días en que ni siquiera volvía.

Hubo una larga temporada en la que todos los días, al caer la tarde, nos turnábamos para preguntarle a mamá dónde estaba papá. Siempre lo hacíamos en orden, de mayor a menor, no sé por qué.

—Por lo visto —decía mamá cuando Tony le preguntaba por su paradero—, si la ciudad no va al hombre, tendrá que ir el hombre a la ciudad.

—Por lo visto, en todas partes menos aquí —le decía a Doug.

—Por lo visto, volviendo a casa por la ruta turística, hijo —le decía a Frico.

Respuestas sencillas. Yo solo tenía ocho años, pero cuando me tocaba preguntar, mamá iba y lo complicaba todo. Decía:

—Skid, estoy harta de que me andéis preguntando todos dónde está. ¿Qué tal si os engancháis a la CB y gritáis el nombre de vuestro padre y le decís que tire para casa?

Y eso hacíamos. Teníamos una radio CB, y eso en los años ochenta no era moco de pavo. Tenías que tener un apodo de CB y otros refinamientos por el estilo. Y a nuestro padre le llamábamos «T-Rex» por la radio. Mi padre era uno de los grandes padrinos de la tecnología de la radio de banda ciudadana en el Sur.

La gente le conocía, porque arreglaba aparatos de CB, potenciaba sus frecuencias y se inventaba artilugios tipo antenas rascacielos que debían de recibir incluso desde China. Así que cuando nos conectábamos con la radio, sintonizábamos el canal 19 y empezábamos a machacar la clavija del micrófono y a dar botes coreando: «Breico, breico, T-Rex, ¿recibes? Vuelve a casa, T-Rex», nos oían todos los camioneros y todos los policías, todos los cazadores, los pescadores de camarones y gente de lugares tan remotos como California y puede que hasta México. No veas, se apuntaban todos a la broma tanto si conocían a T-Rex como si no, porque esa es una de las típicas cosas que hacen los radioaficionados.

El caso es que a los quince minutos oíamos llegar la Ford Transit acelerando al pantanal, el chirrido de las ruedas y el portazo, y el gran T-Rex irrumpía estrepitosamente en casa con las garras sacadas y los dientes afilados. Echaba un vistazo por la habitación y me gruñía, porque decía que mi voz era la que más se oía por el canal 19. «¿Yo?». Y me obligaba a volver a la CB para anunciar que «T-Rex ha vuelto a casa», y después tenía que hablar como si fuera un locutor de AM, con un ridículo vozarrón de radio y chorradas por el estilo. Tenía que informar de la hora, dar el pronóstico del tiempo y decir que se mantuvieran sintonizados «hasta el próximo parte». Verás, en mi casa les daba por ponerse creativos con eso de los castigos. Y es que en una chabola de una sola habitación no se le puede decir a un chaval: «Vete a tu dormitorio». Hay que decirle: «Vete a tu cama». De manera que un día, cuando pensaba que con mi numerito de locutor ya había cumplido, papá me dijo: «Hmm..., no», y me obligó a volver a «las ondas» a pedir disculpas a todas las capitales de los estados y a México D. F., una por una. Y eso cuesta mucho cuando no tienes un mapa, no hablas español y encima todos tus hermanos están por ahí rondando, soltando risitas burlonas. Mamá se compadeció de mí, aunque gracias al mosqueo de papá se pasó toda la noche durmiendo con una sonrisa de oreja a oreja. Mientras tanto, yo me quedé despierto escuchando cómo se apareaban dos búhos sobre el tejado de chapala a la vez que intentaba recordar cuál de las capitales me había saltado. «¡Raleigh, Carolina del Norte!», exclamé pegando un

bote a eso de la una de la madrugada. A los grillos les resbalaba, pero papá dijo a través de la oscuridad: «Ya era hora, Skid». Creo que esta frase había pasado a formar parte de él por la de veces que la oía salir de la boca de mamá. Mi madre es de lo más paciente, pero me da que cuando comprendió que la visión de papá no iba a suceder, se puso nerviosita perdida, y te juro que había días en que estaba loca de atar. Oíamos «Ya es hora de que salgamos de este pantano» catorce veces a la semana..., siete si nos acostábamos temprano. Y entonces el pobrecillo ponía todo de su parte y decía lo que hiciera falta para que mamá se quedase a gusto. Pero eso es como ahuecarle la almohada a alguien que duerme en un cementerio, o como apuntalar a alguien como si fuera un dique. Y es que una noche, nada más amodorrarse el sol, el dique Valerie Beaumont se rompió y todo desembocó en una gran pelea.